

Pregón de Navidad 2017

(Oviedo, 15 de diciembre de 2017)

Bueno, pues, lo primero de todo agradecer. Agradecer esta posibilidad de pregonar la Navidad y de cantar y de contar lo bueno que es Dios y lo que ha hecho con nosotros y sigue haciendo, ¿no?

¡Navidad! Pues es una palabra que sugiere tantas y tantas cosas... Pero, a veces, tristemente, se nos olvida lo esencial de la Navidad y nos perdemos, pues, en mil cosas, que no digo yo que estén mal, sino que hay que reorientarlas, para que de verdad estén al servicio de lo que es la Navidad, que nos cuenten y nos narren, nos ilustren la Navidad.

¿Y qué es lo más importante que podemos decir en Navidad? Lo primero de todo hay que decir que *“Dios ha entrado en la historia de una manera única”* (R. Guardini) y que nunca nosotros hubiéramos podido imaginar, algo inconcebible.

Romano Guardini -este teólogo pues que para mí es importante y ha marcado mi vida, y yo os invito a todos a leer- en su libro *“El Señor”* dice que *“Dios ha entrado en el tiempo por su designio soberano”*, es decir, porque ha querido, *“y desde luego en pura libertad”*. A Dios nadie le ha obligado nunca a hacer nada. Y esto es muy bonito, porque podía haberse hecho hombre porque no le hubiera quedado más remedio... ¡No! Se ha hecho hombre, simple y llanamente, porque ha querido y porque nos quiere, o sea, Él asume la Encarnación -permitidme la expresión- porque le da la gana. Es Dios y, en su soberana libertad, lo hace. Él ha venido libremente, nadie le ha quitado nada.

Y tenemos que pensar una cosa: que Dios, en cuanto Dios, y en cuanto es eterno y es libre, no tiene destino. Nosotros sí tenemos un destino, tenemos un destino que es la gloria, la vida eterna, la felicidad eterna con Él. Pues Dios, en cuanto Dios, no tiene un destino, pero al entrar en el tiempo, *“asume un destino”* (R. Guardini). El hombre sí que tiene destino, estamos en el tiempo, como os acabo de decir, avanzamos y nuestro destino es, después de la muerte, una eternidad feliz con Él. Si no lo estropeamos, si no nos ponemos tercios y decimos que no queremos, nuestro destino es ese, para eso hemos sido creados, ¿no?

Digo todo esto para que de verdad calibremos lo que significa que Dios haya entrado en la historia, hasta qué punto la Encarnación, el hacerse hombre, le ha complicado la vida a Dios. Y no le ha importado complicársela de esta manera con tal de redimirnos y estar con nosotros.

Y cuando decimos esto, muchas veces a los grandes pensadores, a los grandes teólogos, a las grandes inteligencias de todos los tiempos, esta realidad, cuando menos, les deja perplejos, muchas veces les escandaliza.

Escandaliza mirar al Recién nacido de Belén, porque nos cuesta mucho entender que ese Recién nacido es Dios. ¡Lo hemos oído tantas veces...! Desde que yo tengo uso de razón, lo he visto y lo he oído, desde pequeñita... Pero cuando nos paramos de verdad a pensar en lo que esto significa, no deja de ser sobrecogedor. No nos cabe ni en nuestra cabeza, ni en nuestros razonamientos, ni en nuestra perspectiva que Dios haya querido hacerse hombre y menos de esa manera.

La razón humana con frecuencia se rebela, porque además Dios se complace, de alguna manera, le gusta, no tomarnos el pelo, porque no es eso, pero sí romper y arrasar con nuestros esquemas, nuestros conceptos de Dios y nuestras ideas preconcebidas.

¡La cruz es un escándalo! ¡El pesebre es otro escándalo! La Eucaristía, a mi juicio, es un escándalo mayor aún, porque la cruz en el tiempo sucedió, el pesebre en el tiempo sucedió, aunque lo rememoremos continuamente todos los años. Pero es que la Eucaristía no sucedió, ¡la Eucaristía sucede cada día en todo el mundo!

Alguna vez, ¿os habéis parado a pensar que todos los días del año, a todas las horas del año, hay un Belén? Dios está haciéndose carne presente en todos los lugares del mundo, porque con la diferencia horaria, yo siempre digo: en algún lugar del mundo, en este momento, habrá un sacerdote consagrando. ¡Y es Belén y es Navidad! Y eso es más sobrecogedor aún, porque no pasó y ya... ¡pasa!, ¡hoy!, ¡cada día! Y, si en Belén, Jesús estaba indefenso... sobre el altar y en nuestros sagrarios está mucho más indefenso aún. En Belén tenía una Madre que le cuidaba y... ¡qué Madre! En nuestros sagrarios... ¿quién le cuida?

Ante esto, ante lo escandalizante que resulta Dios, nos dice Guardini que *“ninguno de los grandes logros de la vida del hombre sugiere el mero pensar”*. Por eso cuando intentamos asumir ese escándalo, lo que Dios nos descoloca desde la pura lógica y desde nuestra cabeza, pues nos agotamos, nos rompemos la cabeza y es imposible. *“Los grandes logros de la vida del hombre, dice este gran pensador –porque Guardini fue un gran pensador– surgen del corazón del hombre”,* nunca del mero pensar, nunca de la pura razón. *“Todos brotan del corazón y del amor. Pero el amor tiene su propio porqué y para qué”*.

Y claro, *“¿qué ocurre, cuando es Dios el que ama?”* ¿De qué es capaz Dios cuando se pone a amar?

Cualquier persona, cuando está enamorada, es capaz de hacer grandes cosas por amor y grandes locuras. Una madre –para mí el paradigma del amor más entregado es el de una madre– una madre, por amor a su hijo, es capaz de cualquier cosa, de dar la vida. ¡Bien! Pues Dios nos supera con muchísimo. Entonces, ¿a qué locuras es capaz de llegar Dios cuando se pone a amar? Pues, si de suyo es capaz de todo, porque es Omnipotente, la cosa se nos va totalmente de madre cuando esa Omnipotencia además es un amor loco y un

amor –valga la redundancia- enamorado. Ahí ya sí que no podemos poner límites a lo que pueda suceder. ¡Dios enamorado! Las locuras de cualquier enamorado, pero teniendo en cuenta que este sí que no tiene límites, por aquello de que es Omnipotente.

¿De qué es capaz el Amor de Dios? Pues de todo, como os lo acabo de decir: de la Encarnación, de Belén, de la Pasión, de la Cruz, de la Eucaristía. Y... *quien no tome el amor como punto de partida* para intentar comprender el pesebre, la cruz, la Eucaristía, las locuras de Dios... o más que comprender, aceptar, acoger... Pues, quien no acepte y acoja las locuras de Dios desde el amor, no será capaz nunca de hacerlo, porque *todo parecerá un sinsentido* (Cf. R. Guardini, *Ib.*). A Dios solamente le podemos acoger desde el corazón y desde la sencillez.

Y, hecho ese preámbulo, yo creo que lo que tenemos que hacer es empezar a mirar al Niño, contemplar al Niño. No tenemos aquí físicamente ninguno, pero en la retina y en la mente, todos tenemos algún Niño, nuestro Niño Jesús, en quien podemos pensar y, pensando en ello, contemplar.

Y sin perder la perspectiva de este Amor loco de Dios, que nos pone delante a un Recién nacido, hay que contemplarlo, como digo, teniendo en cuenta que nos ha enviado un coro de ángeles que nos dice que estamos de enhorabuena, porque ese Pequeñín recién nacido es el Redentor del Mundo. El que nos libera ya, el que nos abre la puerta de la felicidad, el que paga la deuda que teníamos contraída para poder ser felices, el que asume la condena que pesaba sobre nosotros. Él *vino a borrar el protocolo que nos condenaba*, dice San Pablo, y abrirnos la posibilidad de la felicidad. El que desde luego, sin duda, proclama una amnistía general.

- ¿Y todo esto ese Niño que está ahí en Belén?

- ¡Pues sí!

Mirando al Niño hay que hacer un acto de fe inmenso para asumir que de verdad esa criaturilla débil, indefensa, que duerme, que llora, que tiene hambre, es todo esto que os acabo de decir.

Tenemos ante nosotros *un Niño* que aparentemente *es igual a todos los niños del mundo y, sin embargo, es único, es la “Palabra hecha carne”* (Jn 1, 14). Y Dios no solo habita en ese Niño en plenitud, ese Niño no solamente está *tocado por lo divino*, aunque sea de una forma impresionante... ¡No es eso! Eso sería un error, sería una mentira. La verdad es que *“ese Niño es Dios por esencia y por naturaleza”* (Cf. R. Guardini, *Ib.*). Más no se puede decir, porque además es lo que es.

Pero, claro, si eso ya es sobrecogedor, si contemplamos al Niño despacio, todavía sobrecoge más pensar que *ese Niño*, aunque es Dios, *tiene que buscar*, como todos los Niños del mundo, como cualquier niño que viene al mundo, *el sentido de su existencia* (Cf. R. Guardini, *Ib.*).

- ¡Ah! Pero, siendo Dios, ¿no lo sabía todo?

- En cuanto Dios sí, pero en cuanto hombre no.

Si era verdadero hombre -¡y es verdadero hombre!, esto es de fe- es que significa que desde el instante de su concepción hasta el de su muerte, su Humanidad fue como la vuestra y como la mía, a excepción de una cosa: el pecado. Pero se desarrolló normalmente en el seno de una mujer como yo, nació en un momento dado, como yo; y como yo, cuando viene a este mundo, ¡tuvo que aprender todo! Él no traía como una cosa excepcional en el cerebro y ya todo colocado y registrado... ¡tuvo que desarrollar su cerebro y su capacidad de conocer y aprender. Y aprender quien era Él y qué hacía en este mundo, como cualquiera de nosotros.

Cuando miramos a este Niño, claro, el problema es que jugamos con desventaja, porque nosotros ya nos sabemos el final de la historia. Pero yo pienso muchas veces... ¿qué pensaría la Virgen cuando le miraba las primeras horas después de nacer? Porque Ella sabía quién era Él y, sobre todo, sabía cómo había empezado a existir Él, cómo había sido concebido. Y, por otro lado, le miraría y diría: “pues parece normal. Yo sé quién es, pero aparentemente es igual a todos”.

Y luego que este Niño tiene que buscar el sentido de su existencia, igual que cualquier hombre lo hace y desarrollarse, descubrir su propia vocación y llevarla a plenitud.

Durante muchos siglos, los sesudos teólogos –contra los que no tengo nada, ¿eh?- pero se quedan a veces en lo puramente teórico, porque al fin y al cabo la teología es una ciencia, hay que dar el salto. Y ellos, muchas veces, esto se puede contrastar en tratado de teología, durante siglos se han afanado en pensar e intentar comprender cómo sucedió en Jesús este desarrollo. Muchas veces se han preguntado por su vida interior, cuando fue tomando conciencia de quién era, de su vocación, de su HORA... han intentado responder a todas estas preguntas desde distintos puntos de vista, desde la psicología también. Pero la psicología rápidamente se estrella y no tiene consistencia entre lo que Jesús es: en definitiva, es Dios y su vocación última es divina, trasciende toda ciencia humana.

Al final, la fe es el único camino que nos puede ayudar a responder a todos estos interrogantes. Y vemos el objetivo, pero lo tenemos que interpretar a la luz de la fe. Y el objetivo es que vemos un Niño que es muy pequeño, recién nacido. No es ninguna cosa extraña, es como todos: un niño aparentemente normal, un niño más, hijo de una mujer normal, de una mujer del pueblo. Pero tal misterio y el gran escollo con que chocamos es que este niño, como os acabo de decir, es Dios.

Y que *“todo el contenido y el sentido de su vida van a ser la Voluntad de Dios”* (Cf. R. Guardini, *Ib.*). Ese Niño contiene en sí la Voluntad de Dios. Así de claro y así de rotundo: es el Querer de Dios, la Voluntad de Dios encarnada.

Ese cuerpecito frágil, esa humanidad pequeñita es la Voluntad de Dios hecha carne.

¿Y puede estar contenido algo tan sublime, tan inabarcable, tan inconcebible como es la Voluntad de Dios en un recién nacido? Para nosotros, esto es imposible; *“para Dios nada hay imposible”* (Lc 1, 37).

Y me remito ahora... Diréis: “¿qué pinta esto en un Pregón de Navidad?” Pero es que necesito para empalmar con lo que viene después. Me remito ahora a ese momento de la vida de Jesús cuando ya está resucitado y en que va paseando con los dos discípulos de Emaús (cf. Lc 24, 13-35).

Estos se iban directamente, abandonaban, iban súper desanimados. Y hay muchos hombres hoy como ellos, sin esperanza, defraudados por Jesús porque *“pensábamos, esperábamos que iba a ser el Rey, el Mesías... y resulta que le han matado y ahora se acabó”* (Lc 24, 21). Y Jesús, sabemos perfectamente, que se hace el enconradizo y les hace una pregunta. Y esa misma pregunta que les hace Jesús a los de Emaús, nos la hace hoy a nosotros desde su pesebre Jesús recién nacido: *“¿No era necesario que el Mesías padeciera todo esto para entrar en su gloria?”* (Lc 24, 26)

Normalmente no estamos acostumbrados a plantearnos esa pregunta mirando al pesebre y es bueno que nos la planteemos. Este pesebre, esta fragilidad, esta pobreza, este abajamiento... *“¿no era necesario para que el Mesías entrara en su gloria?”*

Plantear esta pregunta ante el Recién nacido de Belén nos lleva a pensar que Jesús tiene necesidad de tomar posesión, por decirlo de alguna manera -no es exacto, pero voy a intentar expresarlo- tiene que tomar posesión de su naturaleza divina. Repito que no es exacto, es intentar expresar algo que no es fácil de expresar.

Su naturaleza divina está ahí unida a su naturaleza humana desde el mismo instante de su concepción, pero ese Niño tiene que crecer y tiene que ir asumiendo su conciencia humana, su vocación y su naturaleza divina, su misión: tiene que ir descubriendo que Él es Dios.

Poco después nos va a decir el Evangelio que *“crecía en sabiduría y en gracia ante Dios y los hombres”* (Lc 2, 52) y en la carta a los Hebreos se nos dice -¡y esto es impresionante!- que *“Dios perfeccionó al guía de su salvación -a este Niño- con sufrimientos”* (Heb 2, 10). Evidentemente, en cuanto Dios, no necesita ningún perfeccionamiento, Él es perfecto; pero, en cuanto hombre, esa naturaleza humana tiene que ir asumiendo todo lo que supone ser Dios y que Dios sea hombre.

Eso es parte de la vocación de Jesús: desarrollar en el hombre, en el Hombre-Dios al hombre. Y, conforme ese hombre se va desarrollando, va tomando conciencia y asumiendo su misión divina, su naturaleza divina. Es difícil de expresarlo, porque es un misterio también.

Lo que pretendo, con todo este rollo, es que nos asomemos de puntillas al misterio y nos dejemos sobrecoger y sorprender, que nos dejemos poseer por el asombro y por el pasmo, siempre adorando, siempre reconociendo que estamos ante un misterio y que no hay explicaciones suficientes en el universo para razonar, para explicar, para comprender. El amor de Dios ha superado con mucho todo lo que pudiéramos imaginar. Esto es una corazonada de Dios y esto es la Navidad: ¡una gran corazonada de Dios!

Hay un personaje del que quiero hacer una mención rápida, que es muy querido para mí y para todas las Carmelitas, que es San José.

San José, después del episodio en el que Jesús se queda en el Templo entre los doctores, desaparece de escena y no se vuelve a saber nada de Él, lo que la Tradición dice, pero en el Evangelio no se vuelve a hablar de él.

Jesús ha entrado ya en edad adulta, ya ha entrado en el Templo, y José deja de ser necesario, ha terminado su cometido. Jesús ya sabe quién es su Padre y su padre de la tierra, a partir de ahí, desaparece.

¡¡Qué grande es San José!! Ha cumplido su misión y se borra, no sabemos, no quiere decir que muriera inmediatamente, pero desaparece de escena, no se le vuelve a mencionar. Solamente se le menciona de manera indirecta y despectiva cuando menosprecian a Jesús y dicen de él: “*pero... ¿no es ese el hijo de José, el hijo del carpintero?*” (Mt 13, 55; Lc 4, 22b) , pero ya de José, no volvemos a saber nada más.

¡¡Qué lección!! ¡¡Qué hombre tan bueno!! ¡Qué sencillo! ¡Qué fiel! ¡Qué callado! ¡Y qué entregado hasta el final! ¡Cuánto amó! ¡Cuánto tuvo que sufrir y cuantas veces tendría que amar y entregarse sin entender nada, fiado solo de Dios!

Y volviendo a lo de que Jesús tiene que aprender, hay algo que es especialmente impresionante.

“*Dios es Amor*”, nos lo dice así San Juan (cf. 1Jn 4, 16). ¡Bien! Y ese Amor se ha hecho carne, se ha hecho hombre. Pues siendo Dios Amor y siendo omnisciente y siendo la sabiduría eterna, la sabiduría increada, nos cuesta pensar que tuviera que aprender algo.

Bueno, pues sí, tuvo que aprender a caminar, obvio, aprender a hablar, aprender a leer, aprender todo lo que tenemos que aprender nosotros. ¿De acuerdo? Pero tuvo que aprender algo que nos cuesta pensar que fuera real.

¡Dios nos ama! ¡Dios es amor! Pero Dios, en cuanto a Dios, no sabía lo que es amar con corazón humano, ¡porque no lo tenía! Hasta que no nace Jesús, Dios no tiene un corazón como el vuestro y como el mío, y no sabe cómo amamos los hombres y cómo nos sentimos los hombres ante el amor y ante el desamor. Y ese Niño, que acaba de nacer, ha querido experimentar eso.

Y por eso nace dependiente de una mujer, que es su Madre, y busca el afecto y el cariño y el mimo de su Madre, lo busca como lo busca cualquier niño. Y disfruta y goza como disfrutamos y gozamos cualquiera de nosotros cuando somos correspondidos en nuestro afecto.

Esto es muy impresionante porque, si algo nos hace vulnerables, es la necesidad de afecto con la que todos nacemos. Ese es el punto más flaco en todo el mundo. Dios quiere tener un Corazón, entre otras cosas, para que podamos ganarle por el Corazón. Yo no sé si soy capaz de transmitir lo que intento transmitir... ¡A mí esto me sobrecoge de tal manera! Me parece que el milagro más grande es que el Amor de Dios haya llegado a tanto ¡Ya no sabe que inventar más para mostrarnos Su Amor! Y, sobre todo, hacerse tan frágil, tan sumamente vulnerable.

Y ese Corazón - vuelvo a lo que os he dicho al principio - sigue vivo y palpitante hoy en cada Sagrario del mundo y sigue esperando afecto y sigue esperando cariño en cada Sagrario del mundo. Y tristemente, a los creyentes, a mí la primera, pues muchas veces se nos olvida, se nos borra, perdemos la perspectiva, pero está ahí hambreado el amor, hambreado el cariño.

Y ante esto, bajando a cosas más terrenas, más de cada día... ¿qué podemos hacer para corresponder a este deseo loco de Dios de acercarse a nosotros? Ante este misterio impresionante, ¿cómo podemos preparar la Navidad?

Nosotras en el Monasterio las hermanas, pues... la verdad es que es un momento de muchísima actividad. Eso de un Adviento tranquilo contemplando al Señor... no sé en otras realidades religiosas, en nuestra comunidad es un Adviento precioso contemplando al Señor, pero muy activo, porque siempre cuando en una familia va a nacer un niño, hay mil preparativos. Pues, en nuestra casa, en nuestra familia, ¡va a nacer el Niño y hay muchas cosas que preparar!

En medio de todo esto, a veces percibimos, pues, porque la vida es como es y la realidad que nos circunda es la que es y no es fácil, y con frecuencia nos llegan noticias que nos sobrecogen -noticias de violencia, de problemas, de tensiones, de situaciones sociales y políticas complicadas en España ahora mismo- y vemos que hay gente que está preocupada, crispada, nerviosa... Y a nosotras nos causa un cierto asombro, porque seguimos nuestro ritmo con una paz inmensa y una alegría innegociable. O sea, ¡ya se hunda el mundo!, pero es que dentro de unos días es Navidad y esto es más importante que todo.

- Bueno, pero... ¿usted se ha dado cuenta de la situación económica...?
- ¡Sí! Pero es que va a ser Navidad, o sea, en breve es Navidad.
- Uyyy... ¿y la situación política y la inestabilidad...?

- ¡¡Sí!! Pero, por encima de todo eso, en unos días es Navidad. ¡Y eso no es negociable!

Somos muy conscientes de que, cuando decimos esto, nos miran raro y nos llaman ilusas o nos llaman también ingenuas, o dicen que como que las monjas pero no estamos en este mundo... ¡Tristemente estamos en este mundo! Querriamos estar más en el otro que en este, pero estamos aquí. Pero no significa que, aunque estemos en este mundo, nos vayamos a dejar arrastrar por los criterios y los planes del mundo.

Llega Jesús, y nosotras hemos hecho un voto incondicional de sencillez, de ser niños. Porque hemos comprendido que la única manera auténtica de vivir la Navidad es así. Solamente podemos acoger al Niño que llega haciéndonos de Su tamaño, haciéndonos niños. Y, Él no ha hecho campaña electoral para que le votemos. ¡¡No!! Pero nos ha mirado a los ojos y nos ha conquistado. Y sabe que, dentro de nuestras pobrezas y de nuestra pequeñez, intentamos ser incondicionales.

En vísperas de Navidad, como digo, y mirando a nuestro alrededor esta situación de agobio, de pesimismo, de preocuparse por lo que en realidad es relativo... nos da pena ver que la gente no repara en lo verdaderamente trascendente. Y hoy aquí reafirmo mi decisión de ser y de permanecer pequeña, de ser niña; porque de los que intentamos ser así –esto es Palabra del Señor– es el Reino. Los “adultos” según el mundo, nunca podrán comprender ni disfrutar la Navidad. Esto es solo para los niños según el Evangelio.

Los niños somos los pequeños del Reino, los que esperamos todo de Jesús y del Evangelio, los que nos permitimos soñar y creer que la única fuerza verdaderamente capaz de cambiar el mundo no es ninguna idea, no es ninguna filosofía, no es ninguna formación política... sino el amor entregado hasta el final como el de Jesús. El gozo profundo e íntimo de Belén es para los pequeñitos. Es imposible que un adulto disfrute mirando un Belén. Solamente se saborea un Belén si uno se hace pequeño.

Y ahora me permitís una reflexión -¡y prometo acabar prontito ya!- que hice hace algún tiempo leyendo un libro precioso, que me imagino que conoceréis, que es *“El Principito”* de Antoine de Saint-Exupery:

El Principito es el líder de la formación de los pequeñitos, del ejército de pequeños que caminamos hacia Belén y que seguimos esperando la llegada del Niño. Somos un grupo que hacemos frente, sin ningún respeto humano, a todos los adultos que siguen pensando que las fuerzas sociales y políticas van a arreglar algo. Con ellos, con los adultos, nos dice el Principito: *“tenemos que tener mucha indulgencia, mucha comprensión, y mucha paciencia”*.

¿Cuál es nuestra posición, la posición de los niños? Pues, dice el Principito, que la de la indulgencia. Y por otro lado tengamos en cuenta y

vayamos asumiendo que *“siempre nos considerarán niños y siempre nos tildarán de ingenuos”*.

Bueno, ¿qué vamos a hacer...? *“Todas las personas mayores -dice el Principito- fueron niños al principio, aunque pocas de ellas lo recuerdan”*. ¡Y así está el mundo! Esto lo añado yo, no lo dice el Principito. Pero... (risas)

Pero el Principito y los amigos del Principito, estamos seriamente preocupados viendo a las personas mayores tan angustiadas por cosas que realmente no son importantes... *“A los mayores les gustan las cifras. Cuando se les habla de un nuevo amigo, jamás preguntan sobre lo esencial del mismo. Nunca se les ocurre preguntar qué tono tiene su voz, qué juegos prefiere... ¿Le gusta coleccionar mariposas? En cambio preguntan, ¿Qué edad tiene? ¿Cuántos hermanos? ¿Cuánto pesa? ¿Cuánto dinero gana su padre? Y solamente con esos detalles creen conocerle...”*

El Principito, por si algunos no lo sabéis, tenía una rosa que era todo para él. Vivía enamorado de su rosa. Y dice nuestro Principito: *“Hay un cordero que se puede a comer mi rosa, mi flor, ¿y me voy a preocupar de otras cosas...? ¡No lo entiendo!”*

Pues a mí me pasa igual: ¡Viene Jesús! Está a punto de nacer la Vida, la Vida y la Ternura de Dios en Carne. ¡Tenemos que preparar Su llegada! ¿Y me voy a preocupar de otras cosas...? ¡Pues no! Y si me preocupo, es que estoy enferma, ponedme el termómetro y curadme enseguida.

¿Cuál es mi prioridad? ¿Pensar como las personas mayores, o ser indulgente con ellas, pero seguir pensando que mi flor es lo más importante del Universo? Claro que no debemos olvidar que, como dice el Principito, *“se debe pedir a cada cual lo que está a su alcance realizar”*.

Hay un momento precioso en que el Principito se enfada muchísimo con Antoine, y le dice: *“¡Hablas igual que las personas mayores!”* Es una pena hablar como las personas mayores. Entenderme bien lo que digo, porque no hay sombra de censura ni de reproche en lo que voy a decir a continuación, pero tenemos que tener cuidado los corazones de los niños, los corazones samaritanos, de no hablar como las personas mayores, como los sensatos y razonables de este mundo.

Dice el Principito: *“conozco un planeta en el que vive un señor muy colorado, que nunca ha olido una flor, nunca ha contemplado una estrella, nunca ha amado a nadie, nunca ha hecho otra cosa más que sumas. Se pasa el día diciendo como tú: -esto es cuando se enfadó con Antoine- ‘Soy un hombre serio, soy un hombre muy serio’. Lo que le hace hincharse de orgullo, pero eso no es un hombre, eso es un hongo...”*

Así que, desde aquí, y ya termino, os animo a lo siguiente: ¡Apuntémonos a la insensatez de Dios! ¡A la insensatez de apostar todo por la ternura absurda y sin sentido, por lo que no es práctico ni útil! Dejemos

hablar al corazón y detengamos nuestra lógica, nuestra mente, nuestra razón que tantas malas jugadas nos hace. Precisamente porque somos corazones de niños, corazones pequeños, corazones samaritanos, no podemos olvidar nunca que no se ve bien sino con el corazón, *“lo esencial es invisible a los ojos”*.

Lo único verdaderamente importante en ese momento -¡y ojalá lo pudiera gritar desde aquí al mundo entero!- es que el 24 de Diciembre vamos a celebrar el Nacimiento del Hijo de Dios. Eso es lo verdaderamente importante y lo que yo quiero adivinar en medio de todos los acontecimientos adversos que nos puedan rodear ahora.

Dice el Principito: *“si vienes por ejemplo a las cuatro de la tarde, desde las tres yo empezaría a ser dichoso”*. Si vienes el 24 de Diciembre, desde el 16 de Diciembre, como mínimo, yo tengo que ser dichosa.

Jesús va a nacer en medio de todas las adversidades presentes. Jesús quiere nacer en mi vida, y yo no voy de ninguna manera a renunciar a prestarle atención y dedicación, la dedicación y la atención que Alguien como Jesús merece y, por supuesto, la que Él espera de mí.

“Si alguien ama una flor de la que no existe más que un ejemplar entre los millones y millones de estrellas, es bastante para que sea feliz cuando mira las estrellas...” La inmediatez de la Navidad debería empujarnos a todos a tener nuestros ojos solo en las estrellas, atisbando a Aquel que desciende a nuestro mundo para llenarnos de alegría y para prender fuego en él.